2

«Tormento» como novela histórica

Por Angel RIPOLL ESCOLA

El trabajo que sigue pretende ser la descripción de una experiencia de clase. Esencialmente es el resultado de los análisis que, bajo mi dirección, llevaron a cabo dos grupos de alumnos de C.O.U. durante los cursos 1975-76 y 1976-77. Si los resultados de dicha experiencia fueron útiles en el C.O.U. extinto, pienso que los objetivos y la metodología llevados a cabo durante la misma deberían ser válidos para el nuevo programa de C.O.U.

OBJETIVOS

El tema de este trabajo se inserta en un haz de acercamientos, que pretendieron ser lo más profundos posible, a *Tormento*, mediante los cuales se quiso obtener una visión totalizadora de los diversos aspectos que un hecho literario como es una novela ofrece. Diferentes grupos de alumnos (en algún caso superiores a cinco) se encargaron de analizar esos diversos aspectos. Así, un grupo estudió el comportamiento de las distintas clases y categorías sociales; otro interpretó el modo de presentarse en la novela aspectos tales como el espíritu religioso, la moral, la educación, el afán de aparentar y las costumbres; otro estudió con rigor la función de la burocracia, la cesantía, la empleomanía, las buenas relaciones y la locura crematística; otro analizó de modo pormenorizado el papel que desempeña la mujer (Rosalia, Amparo y Refugio, especialmente) en el periodo inmediato a la Septembrina; otro estudió globalmente la estructura de la novela y su semiótica; y otro, en fin, se ocupó del tema que da título a este trabajo. Presumiblemente, si se encauzan bien estos trabajos, se obtendrá una amplia visión de la época reflejada en la novela, así como de los valores de aquella sociedad y, en suma, de su visión del mundo.

Pero para evitar movernos en un espacio demasiado general, nos limitaremos a estudiar una sola experiencia de clase y sus resultados. Para ello empezaremos explicando los objetivos concretos (pues de los generales ya se ha hablado) que nos proponíamos al encarnarnos con dicho tema y trataremos de razonar, también, la metodología empleada.

Fundamentalmente se trataba de que el grupo que había escogido el tema de «*Tormento*» como novela histórica supiese leer en un texto literario (*Tormento*) un contexto histórico: la agitación política y social que precedió a la caída de Isabel II. La mayoría de los estudiantes que escogieron ese trabajo habían elegido también la asignatura de His-

toria y, gran parte de ellos, hoy, están cursando Historia en la Universidad.

METODOLOGIA

El trabajo se realizó en grupo. La elección del mismo es importante. Durante el curso 1975-76 los alumnos fueron agrupados después de la realización de un sociograma, en el que cada alumno había escogido a cuatro de sus compañeros. Claro está, el sociograma no «cuadró» completamente, pero, en lo que respecta a nuestro grupo, sí hubo suficientes coincidencias en las afinidades de unos hacia otros, ya sea en el orden afectivo o en el intelectual. Por supuesto, el sociograma se realizó cuando el curso estaba ya lo suficientemente avanzado como para evitar elecciones por proximidad en el aula u otras causas por igual poco pedagógicas. En el curso siguiente, en cambio, el grupo se formó cuando, después de haber explicado yo las dificultades mayores que comportaba cada trabajo (los atractivos ya los descubrirían ellos), cada alumno eligió un tema y después se agruparon según la elección efectuada (en este caso, nuestro tema fue escogido por seis alumnos). Este método me parece eficaz cuando uno se halla en las primicias del curso y los alumnos no han lanzado sus redes de relaciones. Pero, en ambos casos, al haber sido la elección voluntaria y no debida al azar, a priori, se evitaban realizaciones desganadas o escapistas.

La función del profesor en la preparación del tema es primordial, como orientador y animador, para evitar prematuros desfondamientos. En primer lugar método de trabajo (*vid. infra*). En segundo lugar acordó fechas de reunión con cada grupo (en número variable), en las cuales, cada alumno debería aportar los datos e informaciones que hubiese extraído de la lectura de la otra. En tercer lugar, ayudó a agrupar la información por temas. En cuarto lugar, les hizo ver errores en la recogida de datos, ya sea por culpa de una lectura deficiente o demasiado rápida, ya sea por su irrelevancia; esto es importante, pues, de lo contrario, sin este control, en la exposición se evacúan informaciones que dificultan y entorpecen la comprensión del tema, cuando no del sentido mismo de las palabras. Tras cada reunión (en este caso fueron tres), el profesor observó que el espíritu

(*) Profesor agregado de Lengua y Literatura del I.N.B. «Jaime Vicens Vives» de Gerona.

crítico del muchacho, su poder de observación y su facultad de análisis iban en aumento. Y, en quinto lugar, y sólo si es necesario, el profesor sugirió ideas (como el uso del simbolismo de los objetos en Galdós) y lecturas. No obstante, y a pesar de todo, en los dos cursos quedaron datos por recoger; había textos que no habían sido bien leídos o habían pasado inadvertidos. (Ni que decir tiene que también se descubrían nuevos datos para el profesor). En la última reunión, pues, se buscaban esas páginas no bien leídas y tras una lectura comunitaria se descubría su importancia en relación con el tema del trabajo.

En la exposición de los resultados del trabajo en clase, que realizaba o bien el alumno del grupo con mayor facilidad de expresión, o bien diversos de sus componentes, que se distribuían así el trabajo ya realizado (piénsese que al estar en contacto permanente con el grupo el profesor, éste ya había evaluado antes de la exposición la labor de cada componente), por lo que la exposición no resultaba una prueba de fuego, sino un intercambio de funciones entre alumno y profesor.

¿Cómo trabajaba cada alumno en el grupo? En algunos temas es posible, aunque no recomendable, la división del trabajo en partes. En este caso concreto, no. ¿En qué partes iba a dividirse, si precisamente había que ir descubriendo sobre el terreno las partes en que se dividiría el trabajo? En consecuencia, se adoptó como método de trabajo el empleo del sistema de fichas, método sin duda lento y, en ocasiones, monótono, pero el más eficaz cuando de analizar datos se trata, porque es el método que más datos permite recoger y tenerlos a la vista. Cada componente del equipo dispuso de un indeterminado número de fichas de doce por siete centímetros, y un ejemplar del libro. El alumno empezaba a leer; por ejemplo, el comienzo del capítulo 2: «Don Francisco de Bringas y Caballero, oficial segundo de la Real Comisaría de los Santos Lugares, era en 1867 un excelente sujeto que confesaba cincuenta años». Entonces, el alumno cogía una ficha, en la parte superior apuntaba, en mayúsculas, «temporalidad» y, debajo, sobre la primera línea, escribía «en 1867» y «p. 15». Luego irán apareciendo datos más concretos, pero, en principio, el alumno-lector no lo sabe. (Precisamente la mayor o menor exactitud en los datos que nos ofrece Benito Pérez Galdós le diferencia de la despreocupación de un Pío Baroja). Cada alumno, pues, iba apuntando en su ficha de «temporalidad» todas las referencias cronológicas que aparecen en la novela, que luego le permitirían distinguir la acción temporal de *Tormento*. Cada alumno se hacía, también, su ficha sobre los distintos personajes históricos que aparecen (bien escasos, a excepción de Isabel II, las referencias a la cual permiten llenar más de dos fichas por ambas caras). El tema de la economía política suele pasar inadvertido si no se sugiere su relevancia, y la interpretación de esos datos resulta también dificultosa para el alumno si no se sugiere la lectura de una bibliografía *ad hoc*. Lo mismo pasa con la sociología política... si el alumno no tiene unas ideas claras de las diferencias ideológicas de los partidos políticos.

En suma, esos son los diversos apartados en que al final de la lectura pormenorizada del libro se descubre que se divide el trabajo. Las páginas que siguen —el desarrollo del tema— son el resultado del análisis de las fichas tal como, más o menos, les llegó a los compañeros restantes de clase.

ORGANIZACION DE LOS DATOS ACUMULADOS EN SUS DIVERSOS APARTADOS

TEMPORALIDAD

Tormento (1) aparece en 1884, tras *El doctor Centeno*, novela esta última en que ya surgen algunos personajes de *Tormento*, y antes de *La de Bringas*, que en cierto sentido es su continuación.

Las referencias cronológicas son escasas y raramente precisas. La acción se inicia «a principios de noviembre» de 1867, cuando los Bringas se mudan de casa. El 19 de diciembre de 1867 Pedro Polo le escribe una carta a Amparo Sánchez. Más adelante se menciona que ha pasado casi todo enero de 1868 y, por el orden cronológico de los sucesos que siguen a esta referencia, cabe suponer que la acción llega hasta febrero (la boda iba a ser a finales de febrero, principios de marzo), pero no muy avanzado este mes, porque, según *La de Bringas*, «allá por febrero del 68, don Francisco fue nombrado oficial primero de la Intendencia del Real Patrimonio» (2) y, como tal, se muda nuevamente, esta vez a Palacio.

En resumen, la acción de la novela transcurre desde principios de noviembre de 1867 (y seguramente después del 5, pues de lo contrario alguna mención se hubiera hecho de la muerte de O'Donnell), a principios de febrero de 1868, tres meses escasos.

Falta, pues, menos de un año para que se produzca la revolución de septiembre de 1868 (*La de Bringas*, *La de los tristes destinos*), que expulsará del trono a Isabel II.

PERSONALIDADES POLITICAS

Sin duda, como se decía antes, al principiar la novela ya ha muerto O'Donnell en Biarritz. Para una familia fanáticamente adicta a la Reina, la figura del duque de Tetuán resulta contradictoria. Los Bringas tienen un retrato de él («¿En dónde pongo a O'Donnell?», p. 23), luego no ha sido defenestrado aún en la opinión monárquica. Los servicios prestados por él a la Reina habían sido hartos, hasta que acabó autoexiliándose por no ceder Isabel II (10 de julio de 1866) a una petición política suya, según Zavala; por no querer ir más lejos en la represión contra progresistas y demócratas a raíz de la sublevación del cuartel San Gil, según Tuñón de Lara (3); por despecho amoroso según la folletinesca vox populi de la época. Cualquiera de estas tres posibilidades (pero sobre todo la última) explicaría la mezquina frase «A ese le pondría yo en otra parte... por indecente» (p. 23) con que Rosalía contesta a la anterior pregunta de su marido. La exclamación «¡Mujer!» que deja escapar acto seguido Francisco Bringas habría

(1) PEREZ GALDOS, Benito: *Tormento*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, 2.ª ed. (Todas las referencias se hacen por esa edición).

(2) PEREZ GALDOS, Benito: *La de Bringas*, Editorial Hernando, Madrid, 1971, 10.ª ed.

(3) TUÑÓN DE LARA, Manuel: *La España del siglo XIX*, Librería Española, París, 1968.

que entenderla como un acto de misericordia del bueno de Bringas hacia quien acaba de morir.

Desde el 10 de julio de 1866 gobernaba de nuevo Narváez, que había declarado solemnemente en las Cortes su propósito de combatir sin tregua la revolución, y que pasa por ser el símbolo del partido moderado. Colgar el retrato de Narváez («—Ahora colgaremos a Narváez», p. 23) resulta, pues, un acto maquina para quien, como Francisco Bringas, era de «ideas muy moderadas» (p. 16).

Ya a principios de noviembre, cuando empieza la acción de la novela, y mucho antes, el porvenir de la monarquía se vislumbra de color de luto. Sin duda es simbólica la frase, pronunciada en la ceremonia de colgar los cuadros, de que el de Isabel II «se me figura que (...) está muy caída. Levántala un poquito, un par de dedos» (p. 23). Rosalía, inconscientemente, da en el blanco de la situación. El simbolismo (tan grato a Galdós) viene dado por el hecho de que sea el de Isabel II el cuadro peor colgado, y no el de O'Donnell (si se colgó), el de Narváez, el del Cristo de las Cañas o el de don Juan de Pipaón.

Si Francisco Bringas albergaba «ideas muy moderadas», de Rosalía, su mujer, no se menciona que tenga ningún punto de vista político, lo que resulta lógico dada la educación que recibía por aquel entonces la mujer. De Rosalía, a través de la novela, sólo puede colegirse que es una fan de Isabel II. Así, en la secuencia, tan interesante, de la colgadura de los cuadros (y es de destacar que a esos clavos precisamente, y no a otros, «se les han torcido las puntas»: otra referencia simbólica) se ve claramente la veneración que siente Rosalía hacia Isabel II, cuando aquélla impone su ultra-monárquico punto de vista, sobre el «muy moderado» de su marido:

—«Creo que el Cristo de la Caña debe ir al centro.

—Poco a poco. Al centro va el retrato de su majestad.

—Es verdad» (p. 23).

Todas las referencias a la Reina proceden desde la perspectiva de los Bringas, en especial de la mujer. Sólo se repara en el aspecto amable de la Soberana. Háblese de ella como reina, Señora o Su Majestad, el lector ingenuo de *Tormento* sacará una visión muy trivial (y no por culpa de Galdós) de cómo era Isabel II: *caritativa*: «Es tan caritativa que si estuviera en su mano todo el dinero de la nación (que no es mucho, no creas) lo emplearía en limosnas», p. 33; «... no necesitamos molestar a la Señora, que hartas pretensiones y memoriales de necesitados recibe cada día, y la pobrecita se aflige por no poder atender a todos», p. 33. *Munificiente*: «Aquella familia traía gratis los medicamentos de la botica de Palacio, por gracia de la inagotable munificencia de la reina», p. 51; «Aunque contaba con los regalitos de la reina, que quizá le mandaría alguna falda en buen uso...», p. 121; «... echaba hacia atrás la cachemira que su majestad le había regalado el año anterior...», p. 139; «... eso contando siempre con que la Señora te dé el vestido de color melocotón que te tiene ofrecido...», p. 142; «... verás el vestido de color de melocotón que me ha mandado la señora...», p. 151; «El arreglo de su vestido, cuya falda procedía de las inagotables mercedes de la reina, le ocupaba todo su tiempo disponible», p. 173. Sin duda, para acabar, era este el concepto «femenino» que se tenía entonces de la reina.

CONTEXTO POLITICO

Tormento nos ofrece abundantes muestras de cómo la idea de una próxima revolución se da en todos los niveles sociales. Entre los funcionarios palaciegos, a la fiel Rosalía «le ponía fuera de sí cualquier frase, palabrilla o pensamiento contrarios a la Casa Real» (p. 18), y «... veía negro el porvenir, más entenebrecido aún con los anuncios de revolución que salían de todas las bocas» (p. 151). Una chica de tan escasa conciencia política (pero no sorda a la problemática social), como Refugio Sánchez dirá: «Está Madrid muy malo (...) Como la gente no habla más que de revolución, dice Cordero que no entra una peseta» (p. 66). Hasta los quinceañeros Paquito Bringas y Joaquinito Pez, cuando juegan a diputados, profieren, dice irónicamente Galdós, «estas precoces bobadas:

—Yo digo a los señores que me escuchan que la revolución se acerca con su tea incendiaria y su piqueta demoledora» (p. 124), palabras que calarán finalmente en la memoria de don Francisco: «Bien claro lo decían Joaquín y Paquito la otra tarde: ¡La piqueta demoledora y la tea incendiaria están preparadas!», (p. 252). Y es que el fiel Thiers no las tenía todas consigo desde algunas páginas antes: «Mal, muy mal va este (...). Otra vez partidas en el Alto Aragón... ¡Esa pobre doña Isabel!», (p. 120). Pero es a raíz del robo, en Palacio, del gabán, que el bueno de don Francisco empieza a verlo todo turbio (p. 240-1), y más aún, significativamente, al final de la novela (p. 252-3).

Pedro Polo, con las licencias suspendidas, sueña, en el sentido literal de la palabra, con la revolución: «Gran revolución en España: caída de la monarquía; abolición del estado eclesiástico; libertad de cultos...». Hasta la prensa tiene algo que decir, si bien veladamente, pues Narváez había reforzado la censura: «... la Prensa, amordazada por la previa censura, no podía ya dar al público noticias alarmantes, ni hablar de las partidas de Aragón, acaudilladas por Prim, ni hacer presagios de próximos trastornos. Pero aquel periódico sabía poner entre líneas todo el ardor revolucionario que al país abrasaba...» p. 110-1. Y por último, cómo no, el mundo de los negocios, es decir, Caballero y sus amigos: «... todos vituperaban a la situación dominante, que, con sus imprudencias, lanzaba al país a buscar remedio la revolución (p. 138). En resumen, en palabras de Tuñón de Lara, que vienen a apoyar todo lo anterior, «Jefes militares, políticos nada avanzados (...), etcétera, veíanse forzados a alejarse de los medios palaciegos, para integrar las filas de una oposición que era ya exponente de un sentimiento nacional generalizado» (4).

ECONOMIA POLITICA

Las referencias a la economía española no son frecuentes, pero bastan, a este respecto, para reflejar la situación del país. El Tesoro Público, seguramente por incapacidad administrativa y exceso de gastos. («De allí —se refiere Galdós al pecunio de F. Bringas— salía lo necesario para los diferentes gastos de la casa, con una puntualidad y un método

(4) *Ibidem*, pág. 192.

que quisiéramos fuese imitado por el Tesoro público», p. 31), era deficitario desde hacía años, mucho más tras la crisis del 66. Ello hace muy posible que Agustín Caballero hubiese prestado dinero al Gobierno, como dice Felipe: «... Si es más que millonario. Al Gobierno le ha prestado la mar de dinero; sí, señora, al Gobierno», (p. 77). En efecto, a partir de la crisis económica europea de 1866, dice Tuñón de Lara, «los capitales extranjeros, cuya afluencia había compensado en la balanza de pagos el fuerte déficit en la balanza comercial, habían cesado de afluir» (5). Era la española, prosigue diciendo Tuñón de Lara, «una economía harto primitiva, en la que las normas del liberalismo capitalista producían raros efectos al aplicarse a estructuras vetustas (...). Dábase la paradoja de que el Estado español, en manos de la nobleza terrateniente, realizaba una política arancelaria librecambista muy del gusto de políticos y negociantes de la Gran Bretaña, pero sumamente dañosa para la burguesía industrial de nuestro país. Desde 1841, los aranceles españoles eran la quintaesencia del librecambismo; las mercancías cuya importación se prohibía eran 83 (contra 657 anteriormente). Por si fuese poco, el arancel de Bravo Murillo de 1849 redujo esa lista a ¡catorce mercancías! Este fue el punto de partida de la célebre querrela entre proteccionistas y librecambistas...» (6).

La cita de Tuñón explica claramente el siguiente texto de *Tormento*: «Pero las discusiones no se acaloraban sino al tocar los temas de política comercial, pues siendo Caballero librecambista furioso, y Mompous, como fiel catalán, partidario de un arancel prohibitivo, nunca llegaban a entenderse. Arnáiz y Trujillo se inclinaban a las ideas de Agustín, pero protestando de que en la práctica se debían plantear poquito a poco», (p. 138).

SOCIOLOGIA POLITICA

Agustín Caballero es un indiano que se ha enriquecido en América: «... todo se le dispensaba por la idea que tenían de su desmedida riqueza y de su noble y elevado carácter», (p. 36); tiene negocios en Brewnsville, Londres y Burdeos. Una política librecambista es, pues, la que más puede favorecerle. Igual ocurre con Arnáiz, «dueño de un antiguo y acreditado almacén de paños al por mayor», que «importaba géneros de Nottingham y tomaba aquí letras sobre Londres» (p. 136). Posiblemente pasa lo mismo con Trujillo, que «hallábase al frente de la antigua y respetable casa de Banca de Madrid G. de Sampelayo Fernández y Compañía» (p. 136). En cambio, Mompous, no tanto como representante de la exigua burguesía industrial (que, por otra parte, sólo se daba bajo el nombre de tal en Cataluña y Vizcaya), sino más bien «como fiel catalán», como dice con mucha perspicacia Galdós, era partidario de una política fuertemente arancelaria; al fin y al cabo, Mompous sólo era especulador.

Por último, tienen su interés las escasas referencias políticas, en especial el texto siguiente: «En días de trabajo iban los tres amigos por la noche a jugar al billar con Caballero, y a tertuliar apurando los temas políticos de la época, por punto general muy candentes. Arnáiz y Trujillo eran progresistas templados; Mompous y Caballero defendían a la Unión liberal como el gobierno más práctico y eficaz, y todos vituperaban a la situación dominante, que con

sus imprudencias lanzaba al país a buscar remedio en la revolución» (p. 138). Para entender dicho texto se hace necesaria una perspectiva histórica. Moderados, progresistas, Unión Liberal, demócratas, son los principales partidos políticos que de un modo u otro constituyen texto y contexto de *Tormento*.

Ciertamente, moderados sólo lo son en la novela funcionarios como F. Bringas y, muy probablemente, los Pez. El representante máximo del moderantismo era Narváez. Partido esencialmente represivo, no podía contar con la convivencia de la burguesía liberal representada por Agustín Caballero y sus amigos. El partido moderado era, siempre con Tuñón de Lara, de «un conservadurismo a ultranza y de una predilección por la mano dura». Ligeramente distinto, pero no mucho, es «la Unión Liberal, de O'Donnell (que) no era sino una solución oportunista para evitar el desgaste de la extrema derecha en el Poder y salvar así a la Corona. (...) De hecho, todos esos partidos eran opuestos a cualquier género de transformación social o política y representaban a las viejas clases dominadoras. El partido progresista (...) tiene, sin embargo, un matiz burgués que le hace ser partidario de reformas. (...) Pero es, sobre todo, el partido demócrata el que representa una tendencia más avanzada, burguesa y pequeño burguesa, opuesto decididamente a las viejas clases y a la dinastía» (7). Y, siguiendo con Tuñón, «ya desde 1863 se habían esfumado las últimas esperanzas de los progresistas de acceder por vía legal a la gobernación del país. Prim, que había optado definitivamente por la lucha abierta, fue elegido presidente del Directorio progresista. Desde 1864 los progresistas ya no piensan sino en derribar la dinastía, y los demócratas van aún más lejos, formándose en su seno un fuerte núcleo republicano» (8). Y aún: «La Unión Liberal de O'Donnell había quedado desacreditada a raíz de los sucesos de la sublevación del cuartel San Gil, pero, por no ir más lejos en la represión, se vio retirar la augusta confianza el 10 de julio» (9). Y «con O'Donnell desaparecía el obstáculo a un entendimiento entre progresistas y la Unión Liberal. (...) Se establece definitivamente un frente común que iba desde la Unión Liberal y los progresistas hasta los sectores más populares» (10).

A partir de esta perspectiva (larga, pero no ociosa), las diferencias ideológicas entre Arnáiz y Trujillo por una parte, y Mompous y Caballero por otra, es lógico que no les acalorasen. En realidad, todos ellos constituyen una proyección galdosiana del frente común que se establece a raíz de la muerte de O'Donnell. Ello resulta patente cuando escribe Galdós, refiriéndose a Agustín: «... vedle aplaudiendo a los que querían reconciliar las instituciones históricas con las novedades revolucionarias», es decir, la monarquía y el progresismo, un frente común que sólo guardaba las distancias frente a los demócratas.

Demócrata, demócrata sólo puede serlo, y no con objetividad, Pedro Polo, con sus sueños de «abolición del Estado eclesiástico» y «libertad de cultos», reducción bastante primaria de la ideología demócrata (será inútil recordar el valor semántico de esta palabra es distinto del de ahora) al aspecto

(5) *Ibidem*, pág. 185.

(6) *Ibidem*, pág. 180.

(7) *Ibidem*, pág. 170.

(8) *Ibidem*, pág. 177.

(9) *Ibidem*, pág. 162.

(10) *Ibidem*, pág. 162.

religioso, pero en la que insiste Galdós al escribir que Agustín Caballero «hallaba muy inconvenientes los ataques de los demócratas a la fe de nuestros padres» (p. 131). Pero, sin duda alguna, esta trivial reducción del programa democrático es más achacable al punto de vista enfermizo de Pedro Polo y a la ideología conservadora *malgré lui* de Caballero, que a Galdós. Aunque más cerca se halle nuestro autor, ideológicamente, de Agustín Caballero, que del aterrorizado F. Bringas cuando éste tiene visiones revolucionarias en los últimos capítulos de la novela. Por supuesto.

CONCLUSION

Creemos que los objetivos han quedado cumplidos. En primer lugar, se ha constatado el afán de

Galdós en situar su obra en un tiempo concreto, con lo que así los contextos resultan más fáciles de ver. (Como se ha dicho antes, no ocurre lo mismo con Pío Baroja; analicé, por ejemplo, la temporalidad de «La feria de los discretos»: la comparación resulta interesantísima porque ofrece a las claras dos modos distintos de entender la historia «como materia novelable»). Gracias al primer punto, las escasas referencias a figuras históricas se explican perfectamente, incluso desde la perspectiva de los personajes ficticios. En segundo lugar, el contexto político, la economía política y la sociología política resaltan por su claridad en el análisis de los datos. Todo ello... ¿es ajeno a la voluntariedad del autor? La conclusión definitiva es que no: Galdós estructura, relaciona, narra, en suma, con voluntad de no dejar cabos sueltos, puntos oscuros, ambigüedades. Es la manera de novelar del escritor realista, ni más ni menos.

XXXII REUNION INTERNACIONAL DE LA CIEAEM (Comisión Internacional para el estudio y mejora de la enseñanza de las Matemáticas)

La CIEAEM celebrará la próxima reunión internacional entre el 31 de julio y el 6 de agosto de 1980 en Oaxtepec (Méjico).

El tema de la reunión girará alrededor de: *Proceso de matematización y de aplicación de la matemática. Aspectos matemáticos y pedagógicos.*

Las comunicaciones y las discusiones versarán sobre los subtemas siguientes:

- I. El proceso de matematización: análisis de ejemplos para aclarar las etapas del proceso y clarificar las nociones de esquema y modelo. ¿Es posible que el alumno pueda seguir estas etapas? Exposición de experiencias realizadas.
- II. Fines y objetivos de la matematización en la enseñanza. Jerarquía. ¿Presentar aplicaciones concretas o enseñar a aplicar la matemática?
- III. El material destinado a la matematización que deben realizar los alumnos. Evaluación. ¿Abordar situaciones concretas en estado puro o desarrollarlas primero?
- IV. Procedimientos metodológicos de la matematización: evaluación. ¿El problema a nivel de primaria, de bachillerato y de universidad?
- V. Obstáculos y modo de encararlos: formación del profesorado. Programas y organización escolar; número excesivo de alumnos.

Los idiomas de trabajo serán el francés y el inglés.

Para recibir más información escribir a:

Jean Nachtergaele, Boulevard Saint-Michel, 24.
B-1040-Bruselas (Bélgica).